

Montecúculi logró que solo se pasara el Mein y no el Rhin. El ejército aliado tomó posiciones en la orilla izquierda del primer río, con lo cual evitó toda acción seria y todo auxilio prestado á los holandeses. De esta manera logró por medio de un rodeo lo que se había propuesto desde un principio como plan de campaña, á saber: no verse enredado contra su voluntad y contra sus instrucciones en una lucha armada (1). Montecúculi había cumplido su misión de domeñar al corcel impetuoso brandeburgués, quedándole la esperanza de que el invierno haría lo demás. Había hecho una demostración diplomático-militar, y si el resultado no le produjo grandes laureles, podía contentarse con haber cumplido su deber. Mas penosa era la situación del elector de Brandeburgo, el cual se veía condenado contra su voluntad á la inacción, y su disgusto fué aun mayor cuando supo que el príncipe Guillermo de Orange había emprendido y realizado felizmente la embestida convenida á orillas del Mosa, y que se hallaba con sus fuerzas, aumentadas con un cuerpo de los Países Bajos españoles, cerca de Maestricht, donde aguardaba á sus aliados alemanes que debían llegar desde el Rhin y el Mosela. El elector recibió esta noticia cuando todavía se hallaba inactivo cerca de Maguncia, mientras Turena estaba cerca de Audernach efectuando su paso á la orilla izquierda del Rhin para unirse con Condé que se hallaba en Lorena. La situación era humillante por demás. Se había perdido la ocasión y no había que pensar ya en pasar el Rhin. Hubo algunas explicaciones violentas entre los dos jefes. Por la parte de los holandeses se propuso conducir el ejército aliado por lo menos á la Alsacia para molestar al enemigo desde allí, pero Montecúculi se negó decididamente á esta operación. Por la parte del gobierno francés se temió en efecto que el brandeburgués efectuara el paso del Rhin cerca de Estrasburgo (2), y para evitar este peligro Condé, que estaba encargado de cubrir la Alsacia, mandó ocupar el puente de Estrasburgo por medio de una sorpresa nocturna é incendiarlo el 14 de noviembre sin curarse de la neutralidad de aquella ciudad. Con esto quitó al elector la posibilidad de pasar el Rhin.

Después de largas deliberaciones Federico Guillermo consiguió de Montecúculi que los ejércitos aliados renunciaran á su inacción á orillas del Rhin y se dirigieran á Westfalia para encontrar al enemigo y ganar desde allí un punto de apoyo para ulteriores operaciones en dirección de Holanda, ocupando si posible fuese la ciudad de Colonia. A mediados de diciembre se emprendió la marcha en dirección de Westfalia; se renunció á tomar cuarteles de invierno y el elector manifestó su intención de continuar sus operaciones durante aquella estación siempre que lo permitiera el tiempo; mas tampoco pudo conseguir por aquel lado los anhelados laureles guerreros. Algunos miles de brandeburgueses á las órdenes de los generales Sparr y Eller se hallaban ya en Westfalia en los condados de Mark y Ravensberg, donde habían tenido varios encuentros con las tropas del elector de Colonia y del obispo de Munster. Contra estos dos aliados eclesiásticos de Francia pensaba operar el soberano brandeburgués, y especialmente contra el obispo de Munster que había invadido el condado de la Marca, territorio brande-

bien observa el mismo autor, página 185, que Montecúculi procedió de manera muy distinta cuando en el año siguiente no se halló ya ligado por idénticas instrucciones.

(1) En París también estaba muy descontento el gobierno de la conducta prudente y poco agresiva de Turena. Rousset, tomo I, página 397.

(2) Legrelle: *Luis XIV y Estrasburgo*, pág. 286, donde se halla la comunicación de Gravel, fechada en Regensburg el 26 de noviembre de 1672.

burgués. Este plan obligó á aquellos dos prelados á retirar sus fuerzas principales de Holanda para emplearlas en la defensa de su propio territorio.

Entonces se repitió el juego del aliado imperial. En la corte de Viena el obispo de Munster no inspiraba mas que antipatía: se descubrió una conspiración de un noble de Munster para entregar la ciudad á las tropas imperiales, haciendo prisionero y quizá dando muerte al obispo con el objeto de librarse de tan molesto prelado y de posesionarse al mismo tiempo de una de las plazas mas fuertes de Westfalia, siendo indudable que la corte imperial, Montecúculi y su sucesor Bournonville estaban en el secreto (3). Al mismo tiempo entró Montecúculi en negociaciones secretas con Cristóbal Bernardo para inducirle á separarse de la Francia, pero esta tentativa fracasó lo mismo que la conspiración, mientras por otra parte no sirvió mas que para retardar las disposiciones estratégicas, dando así á los contrarios un plazo que aprovecharon para reunir fuerzas nuevas. Turena pudo acudir al auxilio de los obispos amenazados, y á mediados de enero de 1673 presentóse en campaña con un ejército escogido. No tardó en demostrarse la superioridad de sus operaciones bien meditadas, rápidas y enérgicas, sobre la irresolución y lentitud que reinaban en el cuartel general de los aliados. Poco después Montecúculi, enfermo y disgustado, dimitió su cargo, encargándose del mando en jefe del ejército imperial el general Bournonville. Al concluir el año 1672 concluyó también el tiempo de la neutralidad del Austria, y las instrucciones que recibió entonces Bournonville daban mas libertad á este jefe respecto de un conflicto con los franceses, pero por lo pronto no cambió casi en nada la situación.

Prescindiremos de referir las marchas, contramarchas y escaramuzas que ocurrieron en las semanas siguientes. Los aliados disponían de fuerzas mas numerosas que el general francés, y el elector Federico Guillermo hizo cuanto pudo para librar una batalla campal á Turena; pero aunque pudo vencer las vacilaciones del general austriaco, no se prestó Turena á su deseo. Este gran general francés consiguió sus brillantes resultados principalmente por medio de sus operaciones bien ejecutadas á orillas del Lippe, oponiéndose siempre al enemigo para impedir su marcha hacia el Rhin y sobre Colonia en posiciones perfectamente escogidas. En 5 de febrero se presentó cerca de Soest, donde, al parecer, debía darse una acción decisiva. El ejército aliado estaba ya formado en batalla y hasta Bournonville se mostraba decidido á aceptar el combate, cuando Turena, á la vista del enemigo, cambió súbitamente de dirección y ocupó con su fuerza, numéricamente inferior, una nueva posición entre el Lippe y la antigua trinchera de defensa. Atacarle en esta posición habría sido por demás imprudente en opinión de los generales aliados, los cuales no tuvieron mas remedio que volver á amenazar por una nueva marcha el flanco de Turena y hacer al mismo tiempo desde Hamm un enérgico avance contra el obispado de Munster (4).

Esta tentativa fracasó y no se realizó la esperanza de que el general Rabenhaupt, el defensor de Groninga, apoyaría el avance de los aliados en dirección de Munster, con un movimiento desde Holanda. Por lo demás la crudeza del invierno paralizó todas las operaciones.

Al fin á mediados de febrero el elector y Bournonville renunciaron, con gran sorpresa de Turena, á continuar la lucha; el condado de la Marca quedó á la merced del enemi-

(3) Véase la exposición de esta conspiración, conforme á los documentos oficiales, en Tuking, pág. 197. La conspiración fué descubierta á tiempo, y su jefe fué decapitado el 8 de abril de 1673 en Munster.

(4) Sobre esta acción cerca de Soest véase la exposición de H. Peter, pág. 124.

go, y las fuerzas imperiales y brandeburguesas se retiraron á sus cuarteles de invierno hacia el río Weser.

Se había perdido la campaña, y la dirección militar alemana no pudo glorificarse casi de nada. El brandeburgués y los holandeses se atribuyeron mutuamente la culpa del mal éxito. Era innegable que el gobierno holandés sentía con razón hasta cierto punto los subsidios que había pagado y que se negaba á seguir pagando. La verdad era que se había hecho menos de lo que por un lado se había esperado y por otro prometido. Los holandeses habían sacado la ventaja de que la presencia de las fuerzas aliadas había obligado al cuerpo de Turena á abandonar la Holanda y de que fuesen llamadas en su mayor parte las fuerzas de Colonia y de Munster; mas ninguno de estos enemigos había quedado vencido ni siquiera notablemente perjudicado. A ninguno de los dos obispos se había obligado á renunciar á su alianza con la Francia, y en lugar de esto continuaron los franceses dueños de las fortalezas del elector en el ducado de Cléveris sin contar que sus condados de la Marca y de Ravensberg quedaban abiertos al enemigo (1). En fin, la derrota era evidente.

Pasaremos por alto los trabajosos sucesos de las semanas y meses que siguieron. El elector de Brandeburgo, para salir de esta situación cada vez mas insoportable, se decidió á entenderse con la Francia. Luis XVI se negó á un armisticio, pero se mostró dispuesto á hacer la paz definitiva ofreciendo en este caso condiciones favorables.

La conducta diplomática de aquella época con sus tratados tan pronto hechos como deshechos, era ciertamente singular y casi pudiera calificarse de infantil (2). El soberano de Brandeburgo, al comunicar al gobierno holandés su intención de separarse de la lucha, reclamó no obstante, en el caso de que la Holanda continuara la guerra, los subsidios estipulados y se mostró muy indignado cuando los holandeses se negaron á pagar mas dinero mientras el brandeburgués no continuara la lucha. El brandeburgués, tratando por otra parte con la Francia respecto de la paz, pidió y recibió de esta misma potencia la promesa de un abundante subsidio en dinero, que necesitaba irremisiblemente para mantener su ejército, al cual pensaba conducir otra vez y tan pronto como le fuese posible contra la misma Francia (3).

Las negociaciones continuaron hasta el verano de 1673, prestando su auxilio mediador el conde palatino Felipe Guillermo por conducto de su embajador en Francia, Stratmann (4). En vano instó el gobierno de Viena con grandes promesas al elector para que continuara en la alianza; el brandeburgués, disgustado y viéndose forzado á atender á sus propios intereses, estaba decidido á aprovechar las ventajas que le ofrecía un convenio de neutralidad con la Francia.

En 10 de abril había convenido el embajador Stratmann en Saint-Germain cerca de París en un tratado preliminar, y en 6 de junio de 1673 se firmó el tratado definitivo en el cuartel general de Luis XIV en Vossen, cerca de Lovaina. En este convenio renunció el elector á prestar mas auxilio á los holandeses contra la Francia, y Luis XIV hizo esta paz en su nombre y en el de sus aliados, la Inglaterra, Colonia y Munster, con gran descontento de los dos últimos potentados que ni siquiera habían sido consultados. Se acordó que que-

daria restablecida la situación tal como estaba antes de la guerra, debiendo restituirse al elector todas las plazas que se le habían ocupado y particularmente las fortalezas de Cléveris, conservando el rey de Francia únicamente las de Wessel y Rees hasta firmarse la paz con los Países Bajos. En cambio se reservó el elector la libertad de acción en el caso de que él mismo se viera atacado, y también se reservó sus obligaciones respecto del imperio en caso de ataque á los territorios imperiales. En los artículos secretos procuró el rey de Francia estrechar su unión con el elector prometiéndole sus buenos oficios en todas las exigencias de indemnización que podrían hacerle los miembros del imperio, y también prometió que apoyaría en la futura paz con los Países Bajos las reclamaciones de subsidios que presentaba el brandeburgués. El rey de Francia en prueba de su benevolencia especial prometió un subsidio de 800,000 libras, de las cuales se le entregarían 300,000 al ratificarse el tratado, y el resto en plazos en los cinco años inmediatos (5).

Así acabó vergonzosamente la gran empresa arrogante y trascendental del elector de Brandeburgo, el cual si hubiese podido obrar con completa independencia, siguiendo sus propios impulsos, pudiera haber alcanzado acaso al lado de los holandeses en esta guerra triunfos igualmente gloriosos que los que alcanzó dos años después contra los suecos. Al conquistar la alianza falsa del emperador paralizó el elector sus propias fuerzas, y cuando quiso salir de esta situación inaguantable, no pudo hacerlo sino abandonando á sus aliados y con una paz poco honrosa, si bien esta paz, según las costumbres de la época, lo cual hay que tener muy presente, tuvo sus ventajas pecuniarias y de otra especie.

El elector no se había atado las manos enteramente ni para todos los casos en la paz de Wossen. Ya podía preverse que la guerra tomaría pronto proporciones mayores, pues la corte imperial se preparaba seriamente en el mismo sentido y procuró hacerse con nuevos aliados. El imperio y el parlamento tuvieron que renunciar á la ilusión de que Luis XIV se atenia á los términos de la paz de Westfalia; era seguro que temprano ó tarde se verían obligados á declarar la guerra, y cabalmente para este caso se había reservado el brandeburgués sus derechos y obligaciones. La política francesa se esforzó en vano con promesas de toda clase por sacar al elector de su neutralidad y hacerle entrar en una alianza activa y mas estrecha con la Francia. El elector se mostró contrario á toda relación mas íntima, y tan apesadado é inseguro se encontró el embajador francés en Berlin, Verjus, que escribió desde aquella capital en otoño de 1673: «Me hallo aquí en una corte terrible, donde no veo mas que incertidumbre en los sentimientos del soberano, y división en sus ministros; en el fondo el terreno no es aquí favorable para nosotros y será difícil cambiarlo.» En otro pasaje dice: «Si el brandeburgués quisiese ponerse á favor del rey tan solo durante seis meses, esto cambiaría el aspecto de los asuntos alemanes inmediatamente.»

La política brandeburguesa no había dicho todavía su última palabra, y también se preparaban nuevos sucesos en el imperio.

CAPITULO IV

LA GUERRA DEL IMPERIO CONTRA LA FRANCIA

Poquísima influencia tuvo en los acontecimientos políticos de la época la opinión pública: casi únicamente en In-

(5) Morner: *Tratados*, pág. 373; *Documentos y actas*, tomo XIII, página 520, y XIV, página 1501.

(1) Lo característico de aquella situación, que no era ni la paz ni la guerra, fué que Turena no permitió á las tropas de Colonia y de Munster ocupar el condado de la Marca y vivir sobre el país; Depping, página 164.

(2) Mas que de infantil puede calificarse de alevosa y pífida.

(N. del T.)

(3) H. Peter, págs. 141 y 154.

(4) *Documentos y actas*, tomo XIII, pág. 477.

glattera podía ejercer una acción notable, porque allí tenía un órgano eficaz en el parlamento, y podía evitar ó pedir una guerra y obligar á hacer la paz. En Francia aceptó Luis XIV gustoso el incienso de los aduladores y del pueblo en todas sus victorias; pero cuando tuvo fracasos jamás hizo caso de la opinión pública, que le pedía la paz.

En Alemania la opinión pública celebró siempre los sucesos con sus canciones históricas populares del tiempo de la Edad media y con el diluvio de folletos del siglo de la reforma religiosa. Durante todo el siglo XVII fué aumentándose en gran manera la literatura de folletos políticos al lado del periodismo propiamente dicho, muy poco desarrollado y limitado á noticias escuetas. Por lo mismo los folletos políticos eran una manifestación muy característica del espíritu político alemán de aquella época, ya que los demás ramos de literatura eran entonces todavía muy poco productivos. Durante la guerra de Treinta años este diluvio de productos literarios políticos adquirió una extensión realmente inconmensurable, y mucho más si cabe en los decenios agitados que siguieron á la paz de Westfalia y que tratamos de exponer aquí. En este diluvio aparece todo un mundo de literatos alemanes que ignora la historia de las letras. Entre la inmensa masa de obras triviales se distinguieron, sin embargo, varios escritos notables por su contenido y su forma. Aquí todavía la historia de las letras alemanas tiene un campo digno de sus investigaciones.

No todos aquellos folletos eran manifestaciones espontáneas de la opinión pública. Una gran parte de ellos nacieron en las cortes soberanas y en sus cancellerías, con el objeto de influir en sentido determinado en la opinión pública. En muchos otros casos la polémica entre los diferentes gobiernos se manifestó bajo la forma de folletos anónimos, y una parte bastante considerable de estos escritos pertenece á esta clase de polémicas oficiosas. Así, no siempre es posible conocer si el escrito expresa una opinión privada, independiente y general de las clases no oficiosas ni oficiales, ó si es solo producto de un encargo para conseguir un objeto determinado bajo el anónimo, y se dirige al público en general ó á un punto determinado.

Todo esto obliga á no emplear estos productos literarios sino con la mayor prudencia en concepto histórico, como por lo demás se comprende también tratándose de otras fuentes históricas (1).

No obstante podemos deducir con seguridad ciertos rasgos generales del espíritu político alemán de esta literatura, sobre todo si es obra de tiempos particularmente agitados. En este concepto resulta evidente que en Alemania, durante todo el período de las guerras de Luis XIV, desde la guerra de devolucion y de la invasión de Holanda hasta el despojo de Estrasburgo y hasta la guerra de Orleans, existió una corriente apasionada patriótica, nacional y hostil á los franceses que se manifestó en un diluvio de folletos en prosa y verso, sin que pueda dudarse de la perfecta sinceridad de las opiniones manifestadas que hasta se encuentran con frecuencia en los mismos actos políticos de aquel tiempo y se relacionan con otras manifestaciones análogas anteriores. Por otra parte hay que tener mucho cuidado en no atribuir mayor extensión é influjo de los que en realidad tenían á aquellos sentimientos, expuestos muchas veces en términos excesivamente

(1) Como ejemplo de estas dificultades véase la obra de E. Pfeiderer: *Leibnitz como autor demostrado de doce folletos anónimos y políticos alemanes*, Leipzig, 1870. Esta obra es una tentativa interesante y oportuna, pero dudo que el autor haya salido del todo airoso de ella. Respecto de la prensa brandeburguesa de aquella época, Munzer ha tratado muy bien muchas cuestiones de esta clase en su obra: *Investigaciones sobre la Marca de Brandeburgo*, pág. 247.

patéticos, atendida la propagación cada vez más irresistible de la civilización francesa en la lengua, en la sociedad, en las artes y costumbres, etc., que en aquellos mismos decenios se observa en todos los actos políticos y no políticos de la vida. De todos modos forma esta literatura de folletos un elemento muy notable junto con todos los demás elementos (2).

Lo que provocó las explosiones más fuertes de la indignación nacional en los primeros años de la guerra suscitada por el ataque contra la Holanda fueron la violación de las fronteras del imperio por los ejércitos franceses y las tropelías y ferocidades cometidas por estos mismos ejércitos contra los soberanos alemanes, sus territorios y súbditos. Los escritos recomendaban la unión entre los potentados alemanes; que se desprendieran de todas sus relaciones con la Francia; le declarasen la guerra en nombre del imperio; expulsaran del país á los franceses; les castigaran en su propio territorio, y renovaran la antigua fama guerrera y la antigua superioridad de los germanos sobre los galos. «Fuera negociaciones, pónganse en movimiento todas las palancas, que todos los magnates del imperio se unan á favor de la independencia alemana y de los señores, y que arrojen del país á los extranjeros pidiéndoles indemnización en su propio país.» Así se dice al final de otro escrito del año 1673:

«Armaos de valor vosotros, soldados del imperio, valientes; oponed acero al hierro, dad vuestros mandobles al francés que os amenaza con la muerte y turba la tranquilidad alemana. Ahora es la ocasión de que podáis realizar obras de valor.»

En estos escritos sorprende también la mención de la perniciosidad superioridad económica de los franceses, que explica más que su superioridad política y militar su dominio sobre todos sus vecinos. Este punto se encuentra dilucidado con mayor energía en un folleto publicado en forma de memoria dirigida al parlamento de Regensburg en 1672 por Everardo Wassenberg (3). El autor citado dice en su folleto que la fuente de todo el mal actual es la supremacía francesa, y que la causa de esta supremacía se encuentra únicamente en los muchos millones que ingresan en las arcas del Estado. «¿De dónde vienen estos muchos millones, pues que la Francia no tiene gran riqueza de metales preciosos y en estas riquezas son muy superiores á la Francia la Alemania, la Hungría y la Bohemia? La Francia encuentra sus tesoros en la necesidad de sus vecinos que compran en cambio de muchos millones en dinero los productos franceses que podrían producir ellos mucho mejores y más fácilmente. ¿Por qué enriquecemos á los franceses importando sus vinos? Si comparamos los vinos franceses con los magníficos vinos italianos, españoles y aun con los alemanes, hay que confesar que los franceses son excesivamente flacos y de poco mérito, pues mucho mejores y aun excelentes son los vinos de Hungría, del Austria, del Tirol, de Franconia, del Rin, del Mosela y de la Valtelina. Solo con la exportación de sus vinos gana la Francia anualmente quince millones, á los cuales se agregan cinco millones por la exportación del aguarrés»

(2) Véanse sobre esta literatura folletista patriótica la obra citada de Ruhs; los escritos de Munzer, Petony: *Sobre la literatura política al comienzo de las negociaciones relativas á la paz de Nimega*, Berlín, 1870; Zwiédineck Sudenthors: *La opinión pública en Alemania en la época de Luis XIV*, Stuttgart, 1888, y la *Historia de Alemania en la época del establecimiento del reino de Prusia*, tomo I, pág. 320, del mismo autor. Además se encontrará un gran número de folletos importantes en los tomos respectivos del *Diarium Europaeum*.

(3) Titulado *Aurifodina Gallica* (mina de oro francesa). Véase este escrito en el *Diarium Europaeum*, tomo XXV, *Appendix*, pág. 185; véase también Roscher: *Historia de la economía nacional*, pág. 121, donde se encuentran algunos otros escritos análogos.

diente y diez millones por la exportación de sal, es decir, cuarenta millones (según dice el citado autor, pero en realidad son solo treinta millones), que paga el extranjero por los citados artículos que podía producir fácilmente el mismo extranjero. Otros cuarenta millones gana la Francia por efecto de la obcecación de las naciones vecinas que dominadas por la idolatría de la moda importan anualmente innumerables cargamentos terrestres y marítimos de productos industriales franceses, particularmente en vestidos y adornos baladés. En cambio la introducción en Francia asciende solo á diez millones y el rey de Francia procura con el mayor celo facilitar la colocación de los productos franceses en el extranjero, al paso que destierra de Francia en cuanto puede los productos de otros países. Esta es, pues, la mina de oro de la Francia; de esta manera adquirirá el rey de Francia con el tiempo el dinero de toda la Europa, y con este tesoro inagotable dará la ley á todo el mundo. Nosotros mismos facilitamos, pues, á la Francia el gran poder que nos infunde temor. ¿Qué hay, pues, que hacer? Hay que cerrar y obstruir esta mina de oro, y los holandeses han dado ya el primer paso laudable con el ejemplo de prohibir en su país la introducción de las mercancías y vinos franceses, etc. Este ejemplo deberíamos seguir en Alemania, y nuestros soberanos deberían cerrar cada uno en su territorio á los productos franceses todos los caminos antes que los géneros franceses nos roan hasta los huesos. En Austria se ha principiado bien esta obra, porque el presidente del gobierno imperial, Sinzendorf, ha enviado á Amsterdam al consejero imperial Juan Joaquin Becher, hombre muy práctico en negocios, con encargo de presentar al gobierno del Haya y á la ciudad de Amsterdam algunos carros con vinos austriacos y húngaros por vía de muestra, lo cual sin duda tendrá buenas consecuencias (1). Los soberanos alemanes de las orillas del Rin, del Mosela y del Mein deben hacer todos los esfuerzos posibles para reemplazar con sus vinos los franceses, para lo cual deben rebajar los derechos y facilitar la navegación. Sobre todo deben construir canales. De esto ha dado el ejemplo el elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que ha construido ya el canal entre el Oder y el Elba. Falta saber si puede unirse el Danubio con el Oder por medio de un canal. Se dice que ya Carlomagno proyectó la unión entre el Danubio y el Rin; pues bien, ¿por qué no vuelven á emprender los miembros del imperio reunidos en Regensburg este proyecto de Carlomagno? Por supuesto que no es posible ni prudente romper con todo el comercio de Francia; pero además de aprovechar nuestros propios productos en lugar de los extranjeros, importa en gran manera abstenernos de todas aquellas cosas introducidas hasta ahora de Francia que no se necesitan para la comodidad y uso práctico de la vida, sino solamente para la afeminación, mollicie y vanidad, y muy particularmente aquellas cosas que únicamente exige la moda. Hemos de ensalzar nuestras propias manufacturas, y hemos de llegar gradualmente á proveer á otras naciones de nuestros productos, y de esta manera no solo conservaremos nosotros los alemanes nuestro dinero, sino que también lo aumentaremos. Abramos, pues, los ojos, vosotros los miembros del sacro imperio romano-germánico, alemanes y españoles, ingleses y dinamarqueses, suecos, livonios y prusianos; abramos los ojos por amor de Dios, volvámonos á nuestras costumbres antiguas, desechemos lo que no nos sea necesario, abstengámonos de las cosas superfluas para que no sirvamos á la astucia fran-

(1) No existe ninguna otra noticia de esta tentativa del gobierno de Viena para abrir la Holanda al comercio de vino austriaco, y seguramente haría fracasar esta tentativa la ruptura inmediata de las hostilidades.

cesa cambiando nuestros tesoros por los trapos y fruslerías de la moda. Cuando hayamos destruido de esta manera la mina de oro de los franceses, podremos reducir á la Francia otra vez á los límites convenientes, tranquilizaremos á toda la cristiandad y daremos seguridad á todo el mundo.»

Este folleto servirá de muestra de los muchos que se expresan en igual sentido y que manifiestan las tendencias mercantiles en conexión con la idea política de librar á la Alemania de la supremacía opresora de la Francia (2).

En la segunda mitad del año 1673 tomaron los asuntos militares un aspecto más favorable, á lo menos en apariencia.



Modas francesas á mediados del siglo XVII.
Grabado de Pedro de Iode (nacido en 1606), de un dibujo de Sebastian Francken (1573-1647).

Los franceses continuaron por lo pronto teniendo la ventaja, y después de la retirada de las tropas imperiales y brandeburguesas tomaron sus cuarteles de invierno en el territorio del imperio, extendiéndose hasta las comarcas del Mein y cometiendo tropelías y atrocidades de la peor especie (3). En aquellos meses se puso fin á la independencia aparente de las ciudades alsacianas como miembros del imperio. En Holanda emprendió la Francia la campaña de verano con el sitio de Maestricht, en 30 de junio de 1673, mientras otras empresas fracasaban; pues la escuadra anglo-francesa trató en vano de efectuar un desembarque en Holanda, y al mismo tiempo en tierra se desplegó cada vez más el talento militar de Guillermo III, simultáneamente con la creciente confianza y brio de la población. En setiembre arre-

(2) Citaré aquí de los folletos que conozco: *El mensajero disfrazado de los dioses*, Mercurio (1674, pág. 55); *El libro abortado y sin aroma* (1674). También pertenece á este lugar la memoria de Leibnitz: *De la seguridad*, que acaba en análogo sentido. Véase asimismo la obra de H. Peter: *La guerra del Gran Elector*, pág. 111.

(3) Véase Hausser, tomo II, pág. 627, sobre la situación del Palatinado, que fué duramente castigado á pesar del nuevo parentesco del elector Carlos Luis con la familia real de Francia y hubo de pagar cara su neutralidad.

bató Guillermo III á los franceses la importante fortaleza de Naarden, desde la cual habian amenazado ya desde los primeros meses de la guerra á la ciudad de Amsterdam.

Tambien hubo tentativas de paz. El gobierno sueco habia comprendido gradualmente que el aniquilamiento de los Países Bajos no estaba de ningun modo en su interés, y que valia mas para la Suecia gastar en paz los subsidios franceses que exponerse á las vicisitudes de una guerra en Alemania con motivo de su alianza. Por esto trató de ponerse á la cabeza de un tercer partido, mediar entre los beligerantes é imponerles la paz imitando á la triple alianza anterior. Consiguio, en efecto, que Luis XIV consintiera en la reunion de un congreso de paz en Colonia, en el mes de junio de 1673, á cuyo congreso, por mediacion de Suecia, concurrieron durante algunos meses enviados franceses, ingleses y holandeses, para tratar de la manera de poner fin á la guerra; pero estas conferencias no dieron ningun resultado. En cambio, fué importante que la corte imperial de Viena se aprestara á impulsar la guerra seriamente, porque el emperador Leopoldo no podia mirar ya inactivo, sin mengua de su autoridad en el imperio, la conducta brutal de los ejércitos franceses en la Alemania occidental. A esta consideracion se agregaba la que merecia la España y su corte.

Las ideas de Luis XIV se concentraban tambien cada vez mas en el deseo de volver á buscar su ventaja en esta guerra otra vez á expensas de los Países Bajos españoles, para lo cual no faltaban motivos hasta cierto punto muy fundados; porque el gobernador español en los Países Bajos, el conde de Monterey, habia hecho causa comun con los holandeses de una manera bastante visible, prestándoles casi abiertamente notables servicios militares sin que se hubiese denunciado oficialmente la paz de Aquisgran entre España y Francia. Estas dos grandes potencias volvan á hallarse en estado de guerra sin habérsela declarado ninguna de las dos formalmente. En julio y agosto se efectuaron muchas alianzas que cambiaron la situacion de una manera muy notable. La España y el emperador renovaron su antigua alianza de familia y se aliaron tambien con la Holanda, agregándose á la misma alianza el rey de Dinamarca y el duque de Lorena. El elector Juan Jorge de Sajonia estuvo oscilando entre la Francia y el Austria, y al cabo se decidió por la última. El elector de Tréveris, despues de sufrir duramente en su territorio las tropelías del ejército francés, se declaró por lo pronto en secreto á favor del emperador, al cual prometió entregar su fortaleza de Coblenza; y finalmente se negoció con otros potentados alemanes, con el parlamento y especialmente con el elector de Brandeburgo.

Al fin se trató de formar una coalicion algo importante contra la Francia. El embajador de Francia, Gremonville, que durante muchos años habia sido una de las personas mas influyentes en la corte imperial, fué invitado á salir de Viena; la influencia del príncipe de Lobkowitz fué desapareciendo hasta que en el año siguiente ocurrió su caída definitiva, que puso fin á su carrera política (1). Quedó declarada abiertamente la guerra, proponiéndose los aliados hacer evacuar á los franceses el territorio aleman y todas las plazas conquistadas en él, la restauracion de la Lorena y la defensa de los fueros de Alemania en la Alsacia. Los Países Bajos y España debian recuperar sus dominios, y en fin se quiso reducir á la Francia en cuanto fuese posible á sus límites del año 1660.

En agosto de 1673 el ejército imperial compuesto de 36,000 hombres aproximadamente, y otra vez bajo el mando de Montecúculi, emprendió la marcha hácia el Rhin. El ge-

(1) A. Wolf: *El príncipe Lobkowitz*, pág. 405.

neral austriaco demostró que las faltas que habia cometido en la campaña anterior no habian sido tanto consecuencia de su ineptitud como de las instrucciones que le habian tenido ligadas las manos. Por medio de una multitud de operaciones atrevidas y felices supo obligar á Turena, que le quiso cerrar el camino junto al Mein y al Tauber, á emprender la retirada y pasar á la orilla izquierda del Rhin el 25 de octubre. En menos de dos meses habia obtenido Montecúculi este feliz resultado. En seguida dirigióse al bajo Rhin para unir sus fuerzas con las del ejército unido español y holandés, que avanzó bajo la direccion de Guillermo de Orange, efectuándose la union de los dos ejércitos á principios de noviembre entre Audernach y Bonn. Los aliados emprendieron entonces sin demora el sitio de Bonn, capital del electorado de Colonia, y no viendo el elector ningun ejército francés, tuvo que capitular en 12 de noviembre con la guarnicion, compuesta de tropas francesas (2). El elector se habia refugiado en Colonia bajo la proteccion del congreso de paz que continuaba allí todavía reunido. El electorado, despues de haber sufrido las tropelías de las tropas francesas aliadas, hubo de sentir los brazos duros tambien de las tropas imperiales y holandesas. Los franceses se vieron forzados á retirar de Holanda su fuerza amenazadas por dos lados. Evacuaron, pues, el país, á excepcion de algunas plazas fuertes que conservaron, y en fin la invasion de Holanda quedó rechazada; la orilla derecha del Rhin volvió á quedar en manos alemanas, y el paso del río asegurado. La campaña de otoño y de invierno del año 1673 se cerró con tan satisfactorios resultados; se habia borrado la mancha del año anterior; quedó probado que los ejércitos alemanes podian hacer frente tambien á Turena, y este famoso general francés tuvo que oír reconveniones amargas de su gobierno por el éxito de esta campaña y por el restablecimiento del crédito de las armas imperiales que parecia ya completamente perdido (3).

La corte imperial, lisonjeada con las esperanzas mas brillantes, no queria oír hablar de paz y pensaba ajustar las cuentas á la Francia arreglando las cuestiones hispano-flamenca, lorenesa y alsaciana, pudiendo contar con la cooperacion de todos los demás aliados y de una gran parte de los magnates alemanes.

El siguiente caso demuestra la seguridad que el gobierno de Viena tenia respecto del imperio alemán.

El elector de Colonia Maximiliano Enrique continuaba aferrado á su alianza francesa, á pesar de su descalabro, y en particular su ministro el conde de Furstenberg, canónigo de la catedral de Colonia, continuaba tenazmente sus relaciones con la corte de Paris, disuadiendo á su débil é irresoluto soberano de toda idea de reconciliacion con el emperador y sus aliados. En esta situacion el gobierno imperial dió un golpe de arbitrariedad contra Furstenberg en 14 de febrero de 1674 (4), poniéndole preso al pasar con su séquito por un sitio algo solitario de la ciudad. Los jinetes imperiales tuvieron que hacer uso de las armas contra el séquito del ministro, en cuya accion hubo por ambas partes muertos y heridos; pero el ministro fué hecho prisionero y conducido á Bonn y de allí á Viena, donde fué sentenciado por el consejo imperial á muerte por alta traicion, y solo debió la vida

(2) Véase Ennen, tomo I, pág. 314.

(3) Louvois escribió á Turena el 26 de octubre de 1673: *Il est impossible que la réputation des armes de Sa Majesté ne souffre de cette retraite, qui servira fort à donner aux armes de l'Empereur un crédit qu'elles étoient sur le point de perdre.* Rousset: *Hist. de Louvois*, tomo I, pág. 499.

(4) Ennen, tomo I, pág. 325, y *La biografía general alemana*, tomo VII, pág. 301, donde se encuentra tambien mencionado lo que se escribió sobre este asunto.

á la intercesion del nuncio apostólico Albercati, que no quiso que se matara á un canónigo y dignatario eclesiástico. Fué retenido, sin embargo, en prision estrecha. Poco despues el emperador y el imperio ordenaron la confiscacion de las posesiones alemanas del mismo ministro y de su hermano el obispo de Estrasburgo, que se habia refugiado en Paris y que fué destituido de su obispado. Mas cuando se hizo la paz de Nimega regresaron ambos hermanos á sus situaciones anteriores sin haber cambiado de opinion, y mas adelante tendremos que volver á hablar todavía desgraciadamente de ellos.

El golpe dado contra Furstenberg, que ciertamente era ilegal á todas luces, porque violaba la neutralidad de un territorio independiente, fué tan injusto como la proyectada prision del obispo de Munster un año antes, como la prision de Kalkstein en Varsovia, dispuesta por orden de Federico Guillermo de Brandeburgo, ó como la prision y muerte del embajador imperial Lisola, proyectadas por los franceses (1). El atentado contra Furstenberg dió lugar á un diluvio de protestas, de explicaciones diplomáticas y de publicaciones, pero el resultado principal fué la clausura del congreso de paz de Colonia, porque Luis XIV llamó á su embajador en el congreso, fundándose en que no era respetada la neutralidad de aquella ciudad. Al embajador francés siguieron los otros embajadores, siendo el mas descontento el sueco, pues que la política mediadora de su país habia fracasado. Todas las potencias se prepararon á la lucha, y á cada momento se fué debilitando mas la esperanza de la Suecia de gozar en paz los subsidios franceses.

La situacion se fué haciendo mas desfavorable para Luis XIV, que además de perder aliados antiguos vió levantarse adversarios nuevos.

Primero perdió la alianza inglesa que á la verdad no le habia sido muy útil. El comercio y el parlamento de Inglaterra se mostraron contrarios á la guerra, en la cual habian tenido por enemigas las escuadras holandesa y española, y Carlos II se vió obligado á hacer la paz con la Holanda, paz que se firmó en Westminster en el mes de febrero de 1674. Tambien se separaron de la alianza francesa los dos obispos alemanes. Primero se separó el de Munster, pues habiéndose retirado la Francia de Holanda era imposible que aquel prelado belicoso sostuviera allí la mas insignificante de sus conquistas. Luchó todavía durante algunas semanas contra los holandeses por su propia cuenta, pero el 22 de abril de 1674 hizo la paz con ellos sin sacar la menor ventaja, y poco despues estipuló un convenio con el emperador ingresando con un ejército de 10,000 hombres en la nueva coalicion contra la Francia.

Tambien el arzobispo de Colonia, libre ya de la tutela de su ministro, hizo el 11 de mayo la paz con el gobierno de Holanda y se entendió con el emperador por mediacion del embajador imperial Lisola, quedando excluidos del nuevo tratado sus dos consejeros los hermanos Furstenberg. Por lo demás, consiguió de los holandeses la restitucion de Reinberg y de su territorio, donde inauguró su toma de posesion con una vigorosa persecucion de protestantes. Este hombre débil é informal pidió á Luis XIV perdon en una carta muy humilde por haber abandonado su causa, asegurándole que conservaba en su corazon su fidelidad inviolable.

(1) Prision y muerte dispuestas por Louvois, que habia encargado al gobernador de Maestricht que le entregase á Lisola vivo ó muerto, porque *que c'est un homme fort impertinent dans ses discours et qui emploie toute son industrie contre les intérêts de la France avec un acharnement terrible.* Rousset, tomo II, pág. 3 Lisola murió algunos meses despues, en diciembre de 1674.

Antes de esto se habian agregado ya al partido del emperador otros potentados alemanes. En 12 de febrero de 1673 habia muerto en Maguncia el elector Juan Felipe, y su sucesor Lotario Federico de Metternich, aunque elegido para coadjutor del elector bajo auspicios franceses, entró en 10 de marzo con los electores de Tréveris y del Palatinado en la liga ofensiva contra la Francia. Los duques de Brunswick de Celle, Wolfenbittel y Osnabruck siguieron su ejemplo en 24 de abril, y solo Juan Federico de Hanover mantuvo su union con Francia. Entretanto se habia planteado tambien en Regensburg la cuestion de guerra del imperio con-



Belgia nobilitas armis generosa, nec armis inferior, pulvis rotat, premia manu. Belgae cadem virtus vbi post castra Capite. Ut pugnant bonas, sic et amant bonas.

Modas de los Países Bajos á mediados del siglo XVII. Grabado de Pedro de Iode, de un dibujo de Sebastián Francken.

tra la Francia, y en 24 de mayo decidió el parlamento la entrada del imperio en esta guerra, quedando en favor de la Francia, de todos los magnates alemanes, solamente el elector de Baviera y el duque de Hanover.

Entonces el elector Federico Guillermo de Brandeburgo se desligó tambien de los compromisos que habia contraído en la paz de Vossen.

Este príncipe no habia contraído ninguna ventaja en su situacion intermedia neutral. Las fortalezas de Cléveris, y por último tambien las de Wesel y Rees, habian sido muy á disgusto evacuadas por los franceses; pero el pago de los subsidios prometidos habia encontrado dificultades, y el gobierno francés no se dió ninguna prisa á efectuarlo en vista de la actitud fria del elector, que se mostró refractario á toda union algo estrecha. Así, para sostener su ejército en pie de guerra tuvo que hacer los mayores sacrificios sin recibir subsidio de ninguna parte, pues tambien la nueva coalicion que se estaba formando se mostró al principio muy poco solícita para admitir entre sus miembros al brandeburgués. El emperador por su parte se mostró reacio, el español altanero y el holandés difícil en la cuestion pecuniaria. Parecia que todos se creian bastante fuertes para pasarse sin el auxilio del